

MILIARIO

El mojón, y frente a él un sendero; pedregoso, polvoriento, seco. El peregrino detuvo sus pasos, apoyó su bordón en el miliario, se desprendió del sombrero y sacó de la sucia esclavina un viejo paño con el que poder secar el sudor que empapaba su frente.

Tres leguas aún hasta encontrar un albergue en el que reposar su cuerpo dolorido. Todavía tres leguas que debían recorrer sus pies ensangrentados bajo el implacable estío castellano.

Ya estaría cercana la hora sexta y miles de pasos le restaban antes de ver ponerse el sol.

Ni una sola brizna de viento que agitase las hojas del único árbol que podía ver en la lontananza del interminable páramo, ni aire que se prestase a aliviar la tarde. Incluso los pájaros parecían haber enmudecido ante la canícula que caía a plomo sobre ellos.

A su lado, una fuente de piedra borboteaba parte de la poca agua que desde las lejanas montañas del norte traía consigo el riachuelo.

El peregrino colocó cansino el sombrero sobre la fuente y fabricando un improvisado cuenco con las manos, recogió un poco del agua transparente con la que refrescarse.

En su mente se agolpaban pensamientos que consumían el ánimo. Había abandonado su tierra verde y frondosa cercana a Montauban, a la orilla del río Tarn. También quedó atrás la vida cómoda de un casi anciano comerciante de telas, viudo y al que sólo restaba ya esperar que Dios le llevase consigo.

Y había emprendido el camino por un sueño, el de alcanzar la tumba del apóstol Santiago, postrarse a sus pies, lograr el perdón de una falta tal que atormentaba su mente desde mucho tiempo antes y regresar con la gloria de la redención alcanzada.

Nadie le dijo que fuese a resultar fácil y mucho menos para un hombre de su edad. Había preguntado a muchos de los que cruzaban su aldea de regreso del largo viaje y

casi todos lo describían como un cúmulo casi interminable de penalidades. Una sucesión de frío, de calor, de heridas y de rapiñas. Unas que llegaban de los animales y también otras que llegaban de los hombres.

Pero él, seguro de que el impulso que le llevaría a Compostela había de ser mucho más poderoso que cualquiera de los reveses que pudieran presentarse, decidió emprender el camino.

El mismo día de la partida, pocos después del equinoccio de primavera, se arrodilló ante la imagen de Nuestra Señora, en la pequeña ermita donde se detenían a orar casi todos los peregrinos, encomendó su viaje al apóstol y se unió al primer grupo que cruzó frente a él.

Lo recordaba desde la soledad de la fuente del páramo, pasados ya más de dos meses. Soñando con un regreso que se antojaba casi imposible. "Al menos llegar a la catedral, lograr el perdón y dejar allí la vida si así lo queréis. Al menos eso. Señor Santiago, permitidme al menos eso".

A lo lejos, fue dibujándose una silueta informe que poco a poco, como si se tratara de un sueño, acabó por convertirse en la de otro peregrino.

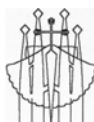
Dió gracias al cielo, pues sus plegarias habían sido escuchadas. Por fin encontraría un compañero con el que compartir la desdicha del dolor, aunque fuera extranjero y no entendiera sus palabras, sería alguien que al menos marcará sus pasos hasta alcanzar el ansiado descanso en algún hospital, albergue, posada o incluso en el atrio de una iglesia si fuese necesario. Cualquier lugar en el que tenderse serviría para aliviar su derrotado cuerpo.

Llenó su calabaza y se sentó a esperar con la cabeza casi oculta entre las manos, tratando de refugiarse bajo la minúscula sombra que proporcionaban el miliario y el pequeño arbolillo de hojas inamovibles.

Llegó al fin el peregrino, sudoroso como él. Saludó y sin decir nada más, se detuvo a beber algo de agua.

El recién llegado, joven y fuerte, de larga barba negra y gesto enjuto, secó sus labios con la esclavina y preguntó en un correcto francés cómo podría ayudarle. Tan mal le vio allí, un anciano agotado bajo la ínfima sombra de un miliario, que pensó que pudiera ser aquélla su última tarde.

El anciano tejedor pidió sólo ayuda para



alcanzar el siguiente refugio con una voz que apenas podía escucharse y el recién llegado se ofreció a marcar el paso y a transportar su zurrón. Incluso le ofreció un hombro en que apoyarse.

Incapaz de creer en que aquella visión pudiera robarle algo de lo poco que llevaba consigo, le dejó hacer.

Avanzó tras él, poco a poco, sufriendo todos los pasos. Marcado el avance por cada enérgico golpe del bordón joven que hablaba sin parar, de esto y de lo otro, del camino, de su vida anterior y de su vida futura, distrayendo como podía el dolor de su nuevo compañero.

Al fin, cuando el ánimo parecía algo recuperado y el sol comenzaba ya a ocultar su cegadora luminosidad tras el horizonte, los dos peregrinos alcanzaron el ansiado refugio en el que reposar.

Lavaron allí sus ropas, pasaron la noche envueltos en sábanas frescas y antes de llegar el alba ya se hallaban dispuestos a reemprender el camino.

El viejo caminante no podía creer que el apóstol se hubiera apiadado enviando aquel compañero, dispuesto también a socorrerle durante el nuevo día.

Pasaron las jornadas y las leguas bajo sus pies. Y los duros páramos castellanos se fueron suavizando, el estío dio paso a las nubes y el calor a la fina llovizna de Galicia que acompañó a los dos peregrinos en su llegada a la ciudad de Compostela.

Entraron juntos en la catedral y bien sabía entonces el comerciante de telas que la salvación que le había llegado desde aquella fuente bajo el miliario, en el páramo solitario de Castilla, no era casual.

Se postraron ante la imagen del apóstol. Y fue entonces, mientras el anciano agradecía las fuerzas que le habían permitido culminar su peregrinación, cuando su compañero de fatigas, el amigo con el que había compartido los momentos buenos y malos de las últimas jornadas de camino, desapareció para siempre.

Gaiferos se levantó trabajosamente del suelo, empapado en lágrimas. No había nadie tras él, al menos nadie que pudiera ver con los ojos.

Lo supo entonces. Sus faltas, las que le habían llevado a emprender el camino, habían sido perdonadas. Sentó su osamenta maltrecha en uno de los bancos de la gran

catedral, orando en silencio, sin moverse durante todo lo que restaba de día, sereno, sin pedir nada. Sólo agradeciendo.

Atardecía ya cuando Don Diego Gelmírez, arzobispo de Compostela, debía officiar completas junto con el resto de canónigos que en fila recorrían la nave desde la sacristía hasta el coro.

Les resultó extraño que un peregrino, al que ya habían visto por la mañana en el mismo lugar, permaneciera inmóvil desde entonces.

—Llegó caminando esta mañana -le susurraba uno de los canónigos-, acompañado de un hombre joven, que hablaba francés como él. Decía que le había dado la vida suficiente para alcanzar su meta, que era como un milagro del cielo, que si no hubieran sido por su compañero, sus huesos hubieran sido devorados por los buitres. Después, cuando abandonaba el confesionario, le vi postrado, ya solo. Estaba muy mal, tenía el cuerpo cubierto de llagas y los pies ensangrentados. Pero su sonrisa de ojos verdes como el agua del mar no se me olvidará en mucho tiempo. Era la de un hombre que había alcanzado la plenitud, cuando lo creía todo perdido.

Don Diego asintió con gravedad y ordenó que le llevaran inmediatamente al hospital de peregrinos, que curaran sus heridas y que le dieran de comer hasta que recuperase la salud.

Él mismo se acercó hasta el banco donde estaba Gaiferos para acompañarle en la espera. La sonrisa seguía allí, imborrable, pero la vida se había marchado.

En ese mismo lugar, se colocó al día siguiente la lápida que encargara el propio obispo y que cubrió los huesos del peregrino Don Gaiferos, que desde entonces reposan bajo el suelo de la catedral de Compostela y que muchos de quienes allí llegan recuerdan al entrar en ella.

Dicen incluso los más avezados, que don Gaiferos aparece de vez en cuando, con sus largas y blancas barbas, cuando alguno de los peregrinos que acuden a la catedral necesita de su ayuda.

Éste sin duda es uno de los tantos milagros que el Santo Apóstol hizo a lo largo de nuestro camino que es la vida y del que queda constancia para siempre en este pergamino por orden de Don Diego Gelmírez.

Iosephum Ludovicum

